

## Armonía, falsedad y distancia

Josep E. Corbí

Josep E. Corbí es profesor de Filosofía en la Universitat de València y autor (junto con J. L. Prades) de *Minds, Causes and Mechanisms* (Blackwell, 2000).

### 1

«Soy joven, rico y culto; y soy infeliz, neurótico y estoy solo» ① Esta es la constatación con la que se inicia *Bajo el signo de Marte*, libro publicado póstumamente y en el que, bajo el seudónimo de «Fritz Zorn», un hombre de treinta y dos años examina su vida en un intento desesperado de rescatarla. La lectura del texto sobrecoge porque el autor tiene la valentía de enfrentarse a su propia desgracia sin apartar la mirada y porque sólo una parte mínima de sí mismo consigue salvarse. Zorn no llega a experimentar, de hecho, más que un aspecto de su vida: el de su propio perecer. Y aun así vivirá esta circunstancia como una oportunidad, pues, a pesar del dolor que le produce la conciencia de lo que es, en ningún caso habría querido morir como su padre, como un burgués cortés y educado: «Provengo de una de las mejores familias de la orilla derecha del lago de Zurich, también llamada la Costa Dorada. He tenido una educación burguesa y me he portado bien toda mi vida» ②. La idea de morir siendo un buen chico, portándose bien, sin haber caído al menos en la cuenta de la *falsedad* de su vida, le espanta. Su libro responde precisamente al empeño de vivir, a través de su dolor y su desgarramiento, una vida genuinamente humana, un vida en contacto con lo que realmente importa.

La mera idea de «lo genuinamente humano» vincula la vida de Zorn con la de otros, sugiere que hay modos de vivir que son dignos del ser humano y otros que no, que lo degradan. Podría parecer, por tanto, que esa idea nos sitúa más allá de la individualidad de Zorn para centrarse exclusivamente en los rasgos que éste comparte con cualquier otro; podría así pensarse que es posible ofrecer una descripción del ideal de humanidad para después mostrar en qué medida se plasma en Zorn o en cualquier otro individuo. Es como si de antemano conociésemos todo lo importante y la historia de cada vida sólo nos sirviese para rellenar los detalles. La vida de Zorn representaría simplemente un caso en el que ese ideal no se cumple en absoluto, excepto tal vez en los últimos años de su existencia, pero, entonces, ¿por qué nos interesan los detalles de la vida de Zorn?

Si la historia de Zorn nos sobrecoge es por algo más que porque sea una vida de determinado tipo, una vida que pueda clasificarse de tal o cual manera, es porque su examen, su consideración detallada, nos revela aspectos nuevos e inquietantes de la vida humana, es porque reconocemos en su historia no la vida de un neurótico o de una persona desquiciada o extraña, sino una vida humana y, por tanto, elementos de la vida de cualquier ser humano. Es precisamente a través del examen de las particularidades de la vida de Zorn y de otras vidas como cada uno puede ir descubriendo y perfilando los rasgos de un ideal de vida humana hacia el cual tratar de orientar su propia existencia.

### 2

En casa de los padres de Zorn reinaba *la armonía*, en las veladas familiares nunca se discutía, nadie respondía con un «no» a lo que otros proponían, nadie discrepaba, todos manifestaban la misma opinión acerca de cualquier asunto, todos los libros, todas las piezas musicales, todas las situaciones políticas, generaban una opinión coincidente. La armonía, la ausencia de conflicto, era el valor hegemónico en casa de los padres de Zorn.

① F. Zorn. *Bajo el signo de Marte*, Madrid, Anagrama, 1992, p. 31.

② *Op.cit.*, p. 31.

Esa armonía sólo era posible gracias al sacrificio de la sinceridad. Zorn describe detenidamente las estrategias que se seguían en su casa para esquivar el conflicto. Los problemas espinosos, las cuestiones que podían suscitar una discusión, eran desplazados calificándolos de «complicados», se dejaban «para mañana» porque exigían un examen más detallado o se afirmaba que las distintas situaciones que se estaban valorando eran «incomparables».

Cuando se comentaba una obra de teatro o una novela, la unanimidad se conseguía fácilmente porque todo el mundo declaraba coincidir con la primera opinión que se expresase. Esta manera de proceder cuando se practica sistemáticamente no sólo tiene el precio de la insinceridad, sino que acaba aniquilando la idea de que uno se identifique con una opinión, que uno tenga *su* propia opinión. La insinceridad presupone la existencia de una opinión con la que uno se identifica, pero que, por alguna razón, se oculta. Sólo así puedo decir que las opiniones que emite mi boca no son *mías*, pero ¿qué hace que una opinión sea propiamente *mía*?

Ante esta pregunta, es natural responder que mis opiniones están en mí independientemente de su expresión, son como hechos internos. Son *mías* porque están en *mi* mente. Pero es obvio que una opinión puede estar en *mi* mente sin ser *mía*. Puedo examinar mentalmente, por ejemplo, una opinión que no comparto. Alguien podría replicar, sin embargo, «Bueno, lo importante es la actitud que adopto ante esa opinión», pero ¿es esa actitud algo que también está en mi mente? Una actitud puede estar en mi mente sin que yo me identifique con ella. ¿En qué consiste, por tanto, identificarse con una actitud, con una opinión? Para responder a esta cuestión no nos queda más remedio que aludir al modo en que esa actitud u opinión se integra en la vida de una persona, en sus proyectos, compromisos e ilusiones. En la medida en que esa opinión guíe algún aspecto de su actividad, oriente su actuación en el mundo, podremos verla como *su* opinión; si, por el contrario, aparece como una idea u opinión desgajada, aislada, de sus proyectos y actividades, entonces difícilmente podremos verla de ese modo. Identificarse con una opinión no es, en definitiva, el resultado de una operación secreta de la mente, sino que más bien consiste en el entrelazarse de esa opinión con otros aspectos de la vida de la persona que la expresa o que, ocasionalmente, la oculta.

El problema es, por tanto, la ausencia de espacios en la vida de Zorn en los que él pudiese manifestar *su* opinión frente a la opinión de *otros*. No se trataba simplemente de que hubiese muchos contextos en los que Zorn no pudiese expresar sinceramente su opinión, es que tales contextos habían sido excluidos de su vida por principio, que no había ningún contexto en el que él *pudiese identificarse* con una opinión. No había un tejido de proyectos y actividades en el que las opiniones que emitía su boca pudiesen arraigar. El único propósito al que sus palabras respondían era puramente formal: el respeto de las normas de cortesía, esquivar el conflicto, preservar la armonía. No podemos afirmar que Zorn fuese propiamente insincero, sino más bien que carecía de opinión. La insinceridad, la mentira, puede formar parte de una vida humana, incluso no hay vida humana en la que la mentira no ocupe algún lugar, la dificultad estriba en el pequeño exceso de que toda la vida de Zorn sea insincera o, más exactamente, que no hubiese un contexto, un aspecto de su vida, en el que la idea de defender una opinión tuviese cabida. En ese caso, el precio que se paga no es sólo el de faltar a la verdad en un sentido trivial, sino que uno pierde la capacidad de identificarse con una opinión y, con ello, pierde un ingrediente esencial de lo que hace de esa vida *una* vida: la elaboración de un punto de vista, de una manera de mirar.

Un ideal de vida humana centrado en la armonía como valor hegemónico no sólo aparece por sí mismo como degradante, sino incluso como *auto-refutante*, pues la fidelidad a la armonía acaba aniquilando las condiciones en las que podemos hablar de *una* vida humana, desaparece la idea de

un punto de vista sobre el mundo. La mente se convierte en un receptáculo de opiniones con las que nadie se identifica. Opiniones que, por supuesto, no tienen por qué ser coherentes entre sí, pues el único conflicto que genuinamente se quiere evitar es el que imponen los cánones de la cortesía: no discrepar de los interlocutores que estén en ese momento presentes.

Sin embargo, la armonía, el acuerdo, la convergencia, es el valor que guía todas las éticas de inspiración kantiana, está en la médula del imperativo categórico: «Obra sólo según la máxima a través de la cual puedas querer al mismo tiempo que se convierta en una ley universal» ③. Zorn experimenta en su carne las consecuencias de una vida inspirada en ese principio. Se podría ciertamente replicar que la armonía de la que habla Zorn no es una armonía genuina, pero cuando añadimos adjetivos, cuando distinguimos entre «genuino» y «espurio», estamos subrepticamente introduciendo otros valores que atemperen las consecuencias nefastas de una búsqueda de la armonía y *nada más*. Si objetásemos, por ejemplo, que la armonía que se vivía en casa de los padres de Zorn era una armonía imaginaria, entonces estaríamos reivindicando no sólo la armonía sino también la verdad o la sinceridad como valores de una vida humana. Pero donde hay más de un valor en juego, donde se busca no sólo la armonía sino la sinceridad, no puede evitarse el conflicto y, por tanto, en ocasiones habrá que sacrificar la armonía por mor de la sinceridad y viceversa. La armonía no podrá presentarse como el valor hegemónico, como el único criterio de actuación y, en definitiva, deberemos abandonar el imperativo categórico como *la* guía de nuestra conducta. Tendremos que reconocer que el conflicto (incluido el conflicto entre valores) es constitutivo de una vida humana y no sólo porque una vida regida exclusivamente por la armonía estaría vacía, sino más aún: porque no sería *una* vida.

### 3

La falta de compromiso con una opinión es, como hemos visto, una consecuencia de la adopción de la armonía como único valor, de la ausencia de proyectos y actividades en los que las opiniones que emite la boca de Zorn pudiesen arraigar, empresas relevantes en las que Zorn necesitase orientarse según su opinión. El yo va así quedando reducido a un emisor de opiniones postizas y a un observador de la actividad ajena. El mayor placer de los padres de Zorn cuando iban de viaje consistía en sentarse en la terraza de un bar para *ver pasar* la gente, contemplaban sus vidas como quien asiste a una sesión cinematográfica. Desde el punto de vista de ese observador toda actividad, toda pasión, todo compromiso, es en gran medida ridículo: «Al que no juega al fútbol le parece ridículo correr detrás de una pequeña pelota de cuero durante horas; no se pregunta si ese juego no será terriblemente divertido; sólo ve el lado ridículo de esos hombres adultos que juegan como muchachitos» ④. Sólo quien permanece inactivo, quien no se compromete, quien no siente, puede ver la actividad de los otros, sus emociones, como ridículas. El problema, de nuevo, no es que uno entienda que tal o cual actividad es ridícula, es natural que a quien no le gusta el fútbol encuentre ridículas las pasiones que desata, el problema surge cuando *toda* actividad se presenta como ridícula. Es en ese caso cuando la distancia de la vida se convierte en una forma de muerte.

La vida de Zorn se va construyendo, sin embargo, sobre el aislamiento y la distancia. Enajenado de los propias opiniones por mor de la armonía, separado de toda actividad, de toda emoción, porque la distancia desde la que se contempla la vida impide vivirla, Zorn va poco a poco descubriendo que en su vida no es que tuviese dificultades para relacionarse, es que ha sido *totalmente* incapaz de establecer vínculos con los otros.

③ I. Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Barcelona, Ariel, 1996, p. 173.

④ F. Zorn, *Bajo el signo de Marte*, Barcelona, Anagrama, 1992, p. 68.

Ese extrañamiento afectaba también a su propio cuerpo y, por tanto, a su relación con la sexualidad y con lo que él denomina las amigas. Su educación puritana llegaba hasta el punto de que le resultaba impúdico mencionar palabras como «pierna» o «pantalón» y, por supuesto, la palabra misma «cuerpo» era tabú. Zorn intentaba legitimar este aislamiento pensando que él era *superior*, que sólo se ocupaba de cuestiones elevadas; en otras ocasiones, y en franca contradicción con el consuelo anterior, desplazaba su contacto con las amigas hacia el futuro, se obligaba a creer que su momento todavía no había llegado o que las circunstancias no habían sido propicias... Él no era, en esos momentos, plenamente consciente de su fracaso, aunque el hecho mismo de que él sintiese la necesidad de justificar su propia situación era por sí mismo un síntoma de que detectaba que algo no iba bien, «pero en ese entonces yo [Zorn] todavía poseía la facultad de ocultar todo y poco después asistí a otra clase de baile, con la vana esperanza de que esa sería mucho mejor y que me aportaría todo lo que quería» ⑤.

El aislamiento se incrementó al mudarse a su nueva morada. Una casa acabada de remozar, en el casco antiguo de la ciudad, confortable, silenciosa, con vistas cargadas de historia y de belleza. Todo lo que, en principio, un europeo de bien podría desear y, sin embargo, el cambio de residencia no da lugar a un nuevo modo de vida, sino que acentúa el aislamiento que venía acompañando a Zorn desde su infancia. No sale nunca de casa, no toma ni una cerveza ni un café en un bar, rodeado de gente. Se queda en casa porque según se dice a sí mismo allí se encuentra «mucho mejor». A pesar de haber heredado una suma importante de dinero tras la muerte de su padre, ya no viaja, no le hace ilusión conocer nuevas ciudades, nuevos paisajes, porque cuando viaja se siente aún peor y sólo ansía regresar cuanto antes a su nuevo hogar, a ese abrigo protector en el que contempla con lágrimas en los ojos cómo la luz del atardecer se desplaza lentamente por los cuadros que cuelgan de las paredes. No está suscrito a ningún diario, no recibe del mundo externo ni siquiera la información anodina que puebla las páginas de los periódicos.

Este proceso de aislamiento, de negación de la vida, acaba resultando insoportable y manifestándose en la forma de una depresión. Zorn se descubre a sí mismo escribiendo constantemente las palabras «tristeza» y «soledad», a sus labios afloran sin cesar los versos:

*¿Ai, Deus, se sabe ora meu amigo,  
como eu senheira estou em Vigo?*

(¿Ah, Dios, si solamente supiera mi amigo  
qué solo me siento en Vigo?)

La envoltura de cortesía y educación empieza a resquebrajarse, ya no es suficiente para sostener su vida; las formas de autoengaño que había empleado hasta entonces apenas le sirven. Tiene que reconocer que está mal, que algo fundamental en su vida no va bien. Pero lo que hace saltar por los aires el caparazón en el que Zorn había intentado refugiarse, es la aparición de un tumor en el cuello. Un tumor al que, al principio, no le dio ninguna importancia y que poco a poco acabó reconociendo como la manifestación somática de la enfermedad de su alma.

Hasta entonces había tenido indicios claros del malestar de su alma que su educación cortés trataba de ignorar. Un indicio particularmente estremecedor son las visiones que Zorn sufría cada vez más a menudo y en las que los personajes, aunque inicialmente no estuviesen tristes, acababan indefectiblemente atrapados en la tristeza. Zorn despachaba estas visiones como si sólo fuesen eso, visiones, en vez de reconocer en su presencia recurrente un reflejo del estado de su alma y la necesidad acuciante de un cambio. Sólo tras la aparición del cáncer el velo se cae definitivamente, ya

no puede mantener las formas que habían sido el sostén de su vida, y ha de reconocer que su alma está enferma, tan enferma que, al no ser escuchados sus gritos de angustia, ha necesitado manifestarse corporalmente para poder ser atendida.

El cáncer no es una enfermedad cualquiera. Las células cancerosas mantienen una peculiar relación con el cuerpo en el que se desarrollan; por un lado, son células de ese cuerpo y, por otro, lo devoran, son extrañas a esa parte del cuerpo que quiere cumplir su función esencial: seguir viviendo. Zorn ve en los tumores que van surgiendo por todo su cuerpo una expresión de lo que ha sido su vida y de lo que él es. Percibe retrospectivamente su vida armoniosa y cortés, su que-hacer aislado y distante, como un cuerpo extraño, como las células cancerosas que han envenenado su alma. Esa vida es al mismo tiempo una parte inextirpable de sí mismo y, por otro lado, es un cuerpo extraño que devora y envenena la parte de su alma que quiere vivir. El modo de vida burgués y educado es extraño a *su* alma porque es enemigo de *la* vida del alma, igual que el carcinoma es extraño a *su* cuerpo porque es enemigo de *la* vida del cuerpo. Pero, ¿cuál es el diagnóstico de la enfermedad de su alma? ¿En qué sentido la manera de vivir de Zorn es enemiga de la vida? Una manera abreviada de responder sería decir que su vida ha sido *falsa* y que la falsedad es enemiga de la vida.

#### 4

La vida de Zorn se revela como falsa en varios sentidos. El primero y más inmediato es que Zorn cae en la cuenta de que la vida aislada y cortés que ha llevado hasta ese momento descansa en supuestos *erróneos*, en una identificación equivocada de lo que es importante en la vida y ese error es tan grave que se paga con una enfermedad mortal. El segundo sentido es que su vida ha sido falsa porque ha sido diseñada para ocultar esa verdad que ahora acaba de descubrir, que su error, su incapacidad para darse cuenta del engaño no es un accidente, sino un rasgo esencial de esa manera de vivir. El tercer y último sentido es que la forma de su error fue creer que era posible una vida aislada y el aislamiento significa por sí mismo un alejamiento de la verdad porque la búsqueda de la verdad tiene que ver con la idea de *conexión*, con el afán de *rastrear lo que ocurre*. Quien incurre en un error está desconectado del mundo, quien parte de supuestos erróneos está sistemáticamente desconectado, y quien inspira su vida en principios diseñados para el aislamiento, para la desconexión, está en una situación todavía peor.

Estos tres sentidos en los que Zorn descubre que su vida ha sido falsa son incomprensibles si uno cree ingenuamente que el compromiso con unos u otros valores es en el fondo arbitrario y caprichoso, que está en sus manos vivir según los valores que elija, que decida. Lo que la experiencia de Zorn más bien sugiere es que uno *no elige arbitrariamente* sus valores, sino que *se le imponen*. Y esto es así tanto cuando esos valores son falsos como cuando son verdaderos, si bien el hecho de que sean verdaderos o falsos altera radicalmente la naturaleza de esa imposición.

La educación burguesa y cortés le impulsó a Zorn sus valores de un modo tan exitoso que apenas pudo atisbar su falsedad. Es esta una forma de imposición en la que el individuo al descubrirla se siente manipulado, dominado por un poder externo. Hay, sin embargo, otro sentido de imponer que en vez de someter, libera, que en vez de cercenar nuestra autonomía, la subraya. Cuando el alma angustiada de Zorn se expresa en las visiones que este sufre, cuando se descubre escribiendo insistentemente la palabra «tristeza», se muestra que el alma no puede vivir si se le niega su alimento, que hay ciertas experiencias que son esenciales para la vida del alma porque sin ellas muere. El alma no puede vivir sin relacionarse con los otros y, más concretamente, sin

⑥ *Op.cit.*, p. 187.

amar: «Pero una vez que el curso de mi pensamiento llegó a formular la palabra 'lo más importante', inmediatamente pude comprender qué era eso: el amor, naturalmente» ⑥. El reconocimiento de esa verdad no se experimenta como el descubrimiento de que uno está encadenado, sometido a determinadas limitaciones, sino como la aparición de un norte, de una orientación acerca de cómo vivir, de lo que constituye una vida genuinamente humana.

La reflexión de Zorn no crea, como vemos, distancia sino que, por el contrario, es el único medio del que dispone para unirse a la vida, la única forma de vida que le es accesible. Existe, no obstante, un argumento de raíz naturalista que asocia necesariamente la reflexión a la distancia y, en concreto, la conciencia de la historicidad de los valores a la arbitrariedad y el desentendimiento. Se arguye que sólo quien vive en un universo cerrado, tradicional, puede creerse a pies juntillas los valores y mitos de su cultura; en la medida en que uno se abre a otras maneras de vivir, reconoce otros valores, otros hábitos, crece en él la semilla del relativismo, toma conciencia de la historicidad de los valores de su propia cultura y acaba pensando que la identificación con un sistema de valores es, en el fondo, gratuita y arbitraria. Esta conciencia histórica más que dejar la puerta abierta a que uno modifique sus valores, lo que provoca es que uno pierda la capacidad de identificarse con valor alguno, lo que causa es que uno acabe distanciándose, que ante la vida adopte más la perspectiva del observador que el compromiso del participante. Se supone, en definitiva, que la conciencia de la historicidad de los valores obliga al individuo a relacionarse con sus valores como se relaciona con los productos del supermercado o con el menú de un restaurante, eligiendo a su gusto, cambiando caprichosamente de parecer.

La historia de Zorn y muchas otras revelan, en cambio, que nuestra subjetividad no es así, que los valores más que elegirlos se nos imponen. La educación apenas nos deja espacio para elegir, para definir los valores básicos de nuestra existencia de un modo u otro, pero, además, ese espacio mínimo de elección está condicionado por las necesidades del alma. Si uno decide ignorarlas y organizar su vida en torno a valores que niegan el pan que alienta la vida del alma, esta última se envenena y muere. Ahora bien, si ésta es la conclusión a la que conduce la reflexión de Zorn, entonces no podemos ya decir que la conciencia de lo que uno es fomenta por sí misma la distancia, la percepción de la arbitrariedad de los valores, sino más bien el reconocimiento de cierto tipo de necesidad: la aceptación de ciertos valores como rasgos de una vida propiamente humana.

Eso no quiere decir que no haya otro tipo de razones por las que podamos pensar que la reflexión impida el grado de identificación con personas, actividades y proyectos que la vida del alma requiere. Lo único que, a mi entender, revela la historia de Zorn es que de la conciencia de la historicidad de los valores no se sigue que el individuo puede elegir caprichosamente los valores que inspirarán su vida, pues uno está anclado a su educación y también, aunque en un sentido diferente, a las necesidades de su alma. Los valores que ordenan la vida de una persona se le imponen ya sea para conducirlo a la muerte, si esos valores niegan las necesidades del alma, o para orientarle si se inspiran en su necesidades. Es la muerte paulatina e ignorada del alma la que acaba expresándose somáticamente: la incapacidad de vivir se manifiesta en forma de cáncer.

## 5

El cáncer, la presencia de la muerte, es lo único que le hace tomar contacto con la vida, una realidad que se le impone de tal modo que desmorona el castillo de naipes en el que había consistido su existencia. La actitud reflexiva que Zorn adopta ante el cáncer, su empeño por desenmascarar

las trampas que han ido ahogando su alma, su capacidad de enfrentarse cara a cara a la proximidad de la muerte, no sólo es excepcional, sino que nos parece *admirable*. La tela del autoengaño no tiene por qué rasgarse, la huida podría haber continuado indefinidamente para ahorrarse el sufrimiento que inevitablemente acompaña a una reflexión como la de Zorn. Pero, ¿por qué nos parece admirable la actitud de Zorn y no simplemente una estrategia estúpida? ¿Para qué añadir al dolor de la enfermedad el sufrimiento de la conciencia de la muerte y del recuento de una vida desgraciada? ¿Qué gana Zorn con esa toma de conciencia?

Nada ciertamente que pueda describirse con los términos «felicidad» o «placer», porque esa toma de conciencia conlleva un intenso dolor y, en el caso de Zorn, ni siquiera cabe esperar que esa amargura quede posteriormente compensada, pues la muerte se aproxima y difícilmente llegará Zorn a reencontrarse con la vida, a sentir lo que verdaderamente merece la pena. Las religiones prometen esa compensación en una supuesta vida ultraterrena y dotan fácilmente de sentido a todos los sinsabores y amarguras de la existencia. Zorn desecha explícitamente estas formas engañosas de consuelo y, por tanto, es incapaz de dotar de sentido a su desgracia de un modo tan sencillo e inexpugnable. Sólo encuentra algo de sosiego en la claridad con la que ha logrado percibir la necesidad de su vida, en el reconocimiento de que es inevitable que una vida aislada, ajena a las necesidades del alma, concluya en un cáncer.

Las células cancerosas forman parte de su cuerpo como su vida cortés y aislada es un elemento inextirpable de su alma. Zorn esquivo la tentación de pensar que su verdad era identidad es otra, que su alma es sólo la parte de sí mismo que se rebela contra su educación asesina. Eso sería distorsionar su realidad igual que sería engañoso afirmar que las células cancerosas no son células *de* su cuerpo. Las células cancerosas forman parte de su cuerpo como su vida cortés y aislada es un elemento inextirpable de su alma. Zorn esquivo la tentación de pensar que su verdadera identidad es otra, que su alma es sólo la parte de sí mismo que se rebela contra su educación asesina. Eso sería distorsionar su realidad igual que sería engañoso afirmar que las células cancerosas no son células *de* su cuerpo.

Zorn se esfuerza por reconocer la necesidad de que él sea exactamente como es, por no negar que lo que ha sido sigue siendo parte de lo que ahora es. Ese esfuerzo le aporta *claridad* y es natural que, ante la conciencia de que su manera de vivir le estaba conduciendo a la muerte precisamente por ser falsa, Zorn identifique la claridad, el conocimiento de su realidad, como un valor necesario, como la única respuesta posible por más dolorosa que esta pueda resultar. Ahora bien, la claridad no comporta el *sentido*: que comprenda con claridad el orden de su vida no implica que esa vida tenga sentido. Ciertamente parte de lo que la reflexión de Zorn revela es que su vida ha sido falsa y, en alguna de las acepciones de esta expresión que ya hemos descrito, es obvio que la falsedad conlleva el sinsentido pues nos aleja de lo realmente importante en la vida del alma. El problema es que una vez que toma conciencia de la falsedad de su vida pasada, ello no garantiza que lo que le resta de vida pueda cobrar sentido. Tener sentido requiere para Zorn algo más que la claridad, exige la satisfacción mínima de las necesidades del alma, un contacto fructífero con la vida.

La oportunidad de una vida con sentido es lo que latía en el valor simbólico que Zorn atribuía a la primera intervención quirúrgica: la anestesia aportaba la idea de una muerte seguida de un despertar que representaba la resurrección a una nueva vida. Sin embargo, la necesidad de no apartar la mirada, de reconocer lo que hay, le impidió mantener por mucho tiempo esa esperanza. No sólo porque el cáncer se presentaba cada vez con mayor virulencia anunciando la muerte, sino porque su pasado, como el cáncer, aparecía inevitablemente como una parte inextirpable de él mismo. Si la enfer-

medad del cuerpo excluía la idea de la resurrección, la enfermedad del alma eliminaba la posibilidad de la muerte necesaria para poder resucitar a una nueva vida. Por eso, su fidelidad a la verdad le obliga a reconocer que la única parte de su vida con la que se puede identificar, la única región de su alma que no está envenenada, es precisamente la que le hace escribir el libro: la toma de conciencia de su propia desgracia, de su dolor, y su sentimiento de rebelión. Ahora bien, esta parte de su alma era sólo una parte de su ser, la otra era la que había heredado y le estaba conduciendo a una muerte temprana. Esa parte envenenada es un elemento de su ser del mismo modo que las células cancerosas pertenecen al cuerpo que devoran: «Mi desgracia consiste en que no puedo ser lo que quiero; en que gran parte de mi yo no es yo mismo, sino algo extraño a mí, algo que se opone a mi 'yo mismo' de manera hostil, y que incluso amenaza devorar y destruir ese 'yo mismo'. En gran parte soy un producto residual de prejuicios y frustraciones burguesas (nociones sobre las que volveré a hablar); pero por otra parte *no* lo soy. Ya he intentado definir mi individualidad como el dolor que siento por ser como soy. Quisiera ampliar aún más esta definición, constatando que mi individualidad no sólo consiste en el dolor acerca de esta situación, sino también en el juicio que yo me he formado acerca de esta situación». ⑦



Si, como sugiere Wittgenstein, «la tragedia consiste en que el árbol no se dobla sino que se rompe» ⑧, hay un sentido legítimo en el que podemos decir que el árbol de la vida de Zorn no sólo se dobló, sino que se rompió, en la medida en que cuando tomó conciencia de su aislamiento, de la falsedad de su vida, no tuvo tiempo ya para liberarse, para establecer un contacto fructífero con la vida; pero hay otro sentido en el que nunca se rompió porque hasta el final mantuvo un vínculo genuino con el mundo: el de mantener la mirada, el de no desdibujar o esquivar la verdad. Esa actitud y el dolor sin fondo que conlleva fue la única parte de su alma que estaba realmente viva y con la que podía identificarse: «Cada velo que descorro sobre lo que hasta ahora había quedado oculto en mi inconsciente, revela una nueva perspectiva, más profunda aún, de desesperación: es como si el sufrimiento sólo pudiera hacerse más profundo, eternamente, sin llegar nunca a su fin. Mi universo está sumido en el dolor. De esta situación, que es la mía, deduzco cada vez con mayor claridad la obligación de poner la cosa por escrito, de comunicarla» ⑨. Esta observación sugiere que, si bien la experiencia trágica puede provocar un efecto catártico, liberador, en quien la contempla a una cierta distancia, no es necesariamente así para quien la sufre. Edipo vio aniquilada su vida aunque quien escuche su historia puede alcanzar a ver con cierto sosiego que su vida está también en manos del destino. La búsqueda de la claridad abre para Zorn la puerta a un dolor sin fondo, sin redención, lo más que puede esperar es que ese dolor no le rompa del todo, que esa parte de su alma que no está envenenada no se traicione y siga sosteniendo la mirada.

⑦ *Op. cit.*, p. 236, cfr. 221-3.

⑧ L. Wittgenstein, *Cultura y valor*, Madrid, Espasa-Calpe, 1995, p. 32.

⑨ F. Zorn, *Bajo el signo de Marte*, Barcelona, Anagrama, 1992, p. 208.

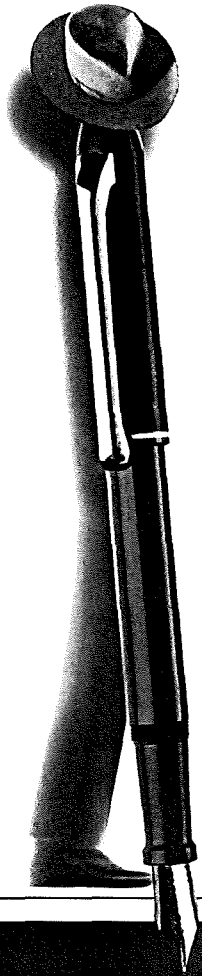


# PASAJES

DE PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO  
Septiembre / Diciembre 2001. Precio 1.000 pts. / 6 €

7

A  
A1



	<i>Editorial</i>	3
PERFILES DEL SIGLO XXI: LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN	<b>Jesús Martín-Barbero</b> / Transformaciones del saber en la sociedad «del conocimiento» y «del mercado».	7
	<b>Joan Manuel Tresserras</b> / Las identidades en la sociedad informacional.	15
	<b>Josep Lluís Gómez Mompert</b> / Periodismo de calidad para una sociedad global.	25
	<b>Gregorio Martín</b> / Las tecnologías de la sociedad de la información.	37
	<b>Manuel Castells</b> / Universidad y sociedad de la información.	51
ENTREVISTA	<b>Manuel Castells</b> entrevistado por J. L. Gómez Mompert. Mientras los profetas vaticinan y los ideólogos pontifican, los investigadores trabajamos.	55

TEMAS	<b>Anthony Giddens</b> / El gran debate sobre la globalización.	63
	<b>Antonio Méndez</b> / Cultura y desaparición.	75
	<b>Peter Gross</b> / Barco y naufragio.	95
	<b>Ricard Meneu</b> / Investigación sanitaria y prioridades sociales.	105
	<b>Josep E. Corbí</b> / Armonía, falsedad y distancia.	115
	<b>Francisco J. Ayala</b> / El azar y la selección natural: de Copérnico a Darwin.	125
LIBROS	<b>Josep A. Bermúdez</b> / La dimensión política del pensamiento de Foucault: luces y sombras. (Pablo López - Jacobo Muñoz, eds., La impaciencia de la libertad. Michel Foucault y lo político).	137
	<b>Emèrit Bono</b> / Límites de la flexibilidad. (Martin Carnoy, El trabajo flexible en la era de la información).	141
	<b>Julián Marrades</b> / Crítica y pluralismo. (Sergio Sevilla, Crítica, historia y política).	148

## PASAJES

Revista de pensamiento  
contemporáneo

Publicación cuatrimestral editada por la  
Universitat de València y la Fundación  
Cañada Blanch.

Pedro Ruíz Torres (*Rector de la Universitat  
de València*)

Carlos Pascual (*Presidente de la Fundación  
Cañada Blanch*)

### Consejo de Redacción:

Antoni Furió / Javier de Lucas / Vicent  
Llombart / Isabel Morant / Andrés Moya /  
Nicolás Sánchez Durá / Sergio Sevilla /  
Jaime Siles / Trinidad Simó

### Secretario de Redacción:

Gustau Muñoz

### Consejo Asesor:

Francisco J. Ayala / Seyla Benhabib / Juan  
Manuel Bonet / Juan José Carreras / Camilo  
José Cela Conde / Roger Chartier / María  
Ángeles Durán / Ramon Folch / Josep  
Fontana / Geneviève Fraisse / Wl'a Godzich /  
Enrique González / Jon Juaristi / Santos  
Julιά / Ramón Lapiedra / Giovanni Levi /  
Tomás Llorens / Jacobo Muñoz / Sami  
Naír / Juli Peretó / Juan Pérez Mercader / Paul  
Preston / Ismael Saz / Julia Varela / Ramón  
Villares / Luis Villoro / Jorge Wagensberg

### Diseño y maquetación:

Rafael Ramírez Blanco

### Redacción, administración y

#### suscripciones:

Publicacions de la Universitat de València  
El Batxiller 1, 1ª / 46010 València  
Tel.: 96 386 41 15 / Fax: 96 386 40 67  
E-Mail: pasajes@uv.es

### Fotocomposición e impresión:

La Imprenta, Comunicación Gráfica, S.L.

### Distribución:

Gea Llibres (96 166 52 56)  
Mídac (93 434 01 28)  
Bregogán (91 431 43 88)

ISSN: 1575-2259

Depósito Legal: V-2137-1999

Precio de este número: 1.000 pts. / 6 €

